



LA ORACIÓN SEGÚN SAN VICENTE DE PAÚL

I. PREPARACIÓN

San Vicente mismo puede decirnos en qué consiste este primer momento de su método de Oración Mental, (OM): "Es muy importante hacer bien esta pre-paración, colocándose debidamente en la presencia de Dios, porque de ello depende todo el desarrollo de la oración. Hecho esto, el resto irá por sí solo "(SV XI, 405). Se trata, entonces, de tener la experiencia del salmista, que dice al Señor: "Desde la mañana oyes mi voz. Desde la mañana te hago promesas y me quedo a la espera "(Sal 5,4).

Obviamente, para que se pueda sacar provecho de la OM, es necesario garantizar el conveniente silencio, en el que la voz de Dios pueda resonar con toda claridad y fuerza. "Guardad el silencio - recomienda Vicente a las Hijas de la Caridad - para que esa recogida que se refleja en el exterior favorezca el diálogo de vuestros corazones con Dios "(SV IX, 7). El fundador parecía tener presente que, ciertamente, como puede leer en la Imitación de Cristo: "En el silencio y quietud, un alma devota progresa y aprende los secretos de las Escrituras "(1, 20, 6).



En distintas ocasiones, San Vicente insiste en la importancia de acostarse a una hora conveniente, dormir lo necesario y levantarse con tiempo suficiente y buena disposición (cf. SV IX, 26s, X, 564s). También recomienda una breve oración al levantarse: "Dios mío, yo te adoro. Señor, yo te doy mi corazón. Concédeme la gracia de no ofenderte y de hacer tu voluntad en todas las co-sas "(SV X, 598).

Según San Vicente, hay dos tipos de preparación (cf. SV IX, 426): a) una próxima, hecha inmediatamente antes de la meditación, por la mañana; b) y una remota, que se debe hacer la noche anterior, leyendo los puntos de la meditación del día siguiente y adormecerse con un "buen pensamiento" acerca del tema, según la recomendación del fundador a sus hermanas: "Acuéstense modestamente con un buen pensamiento. Esto será un proceso medio fácil para recordar a Dios al despertar. Y por la mañana tendréis el espíritu en mejor disposición para hacer vuestra oración "(SV IX, 7). Tanto para la preparación próxima como para la remota, el guion es de la siguiente manera:

COLOCARSE EN LA PRESENCIA DE DIOS

Tomar conciencia de que Dios está presente, de que él nos ve y oye nuestra oración.

Dejarse iluminar, calentar e inspirar por la amorosa presencia del Señor, "que nos habla de corazón a corazón "(SV X, 586). Hacer un acto de fe, como este: "Creo, Dios mío, que "estás aquí" (SV X, 589).

Recuerda San Vicente: "Comiencen siempre todas sus oraciones por la presencia de Dios (...). Considerad, hijas mías, que, aunque no veamos a Dios, la fe nos enseña su santa presencia en todas partes (...), penetrando íntimamente todas las cosas e incluso nuestros corazones "(SV IX, 4).

Dirigiéndose a los Padres y Hermanos de la Misión, dirá el fundador: "El recuerdo de la presencia de Dios va creciendo poco a poco en nosotros y, por su gracia, se vuelve habitual. Somos, por así decirlo, constantemente animados por la Divina Presencia. Cuántas personas existen todavía en este mundo que casi nunca pierden su sentido de la presencia de Dios" (SV XII, 163-164). En la perspectiva de San Vicente, la práctica de colocarse en la presencia del Señor nos lleva a vivir iluminados por esta convicción de que estamos siempre ante el que nos ama y acompaña nuestra vida con misericordia y paciencia, como recuerda el apóstol Pablo en el areópago de Atenas: en Dios, "Vivimos, nos movemos y existimos" (Hch 17,28).



En cuanto a San Francisco de Sales, de quien cosechó el método de la OM, San Vicente se refiere a San Francisco de Sales "Cuatro maneras de colocarse en la presencia de Dios": contemplarlo en el Santísimo Sacramento, concebir la alegría de verlo adorado en el cielo, saber que Dios está en todas partes, así como en el interior de la persona que se deja alcanzar por su amor (cf. SV X, 587-589).

Una oración encontrada en los Escritos Espirituales de Santa Luisa de Marillac también puede inspirar este momento inicial: "Mi Dios, yo os adoro. Sé que tú me has dado la vida. Porque os amo y me amas, yo me abandono a tu divina voluntad y confío en su misericordia. Yo os pido por todos los hombres que amáis, a fin de que realicen el gran proyecto de amor que tenéis sobre cada uno de ellos" (SL E. 1).

PEDIR LA GRACIA DE REZAR BIEN

Sólo podemos dirigirse a Dios, porque él primero se dirigió a nosotros (1Jn 4,10), revelándonos su amor salvador, llamándonos a participar de su vida y despertando en nosotros el deseo de encontrarlo como fuente del último sentido de lo que somos. La oración, por lo tanto,

es don, y así debe ser vivida. Por eso, San Vicente recomienda pedir al Señor la gracia de rezar bien, seguros de que "no podemos tener ningún buen pensamiento sin la gracia de Dios" (SV X, 591).

Se trata, entonces, de disponerse a la oración, orientando hacia Dios los impulsos del corazón y de la mente y entregando en sus manos con confianza y disponibilidad. "Invocar la ayuda divina", abriéndose a la acción del Espíritu Santo, "maestro interior", con una invocación tradicional o con palabras similares.

Una oración compuesta por el propio San Vicente, en el curso de una conferencia a los Misioneros, se presta muy bien a este momento: "Oh Salvador, sabes lo que mi corazón quiere decir; él se dirige a ti, fuente de merced; mira sus deseos que no tienden sino a ti, no aspiran otra cosa sino a ti, no quieren sino a ti. Digamos muchas veces: 'Enséñanos a orar'. Concédenos, Señor, este don de la oración; enséñanos tú mismo como debemos rezar. Es lo que te pedimos, hoy y todos los días, con confianza, con mucha confianza por tu bondad" (SV XI, 222).

En este paso, San Vicente aconseja a las Hermanas invocar el ejemplo y la intercesión de la Virgen María, santo protector



y del ángel de la guarda como compañías y estímulos en la oración (cf. SV IX, 426, X, 591). La fe nos asegura nuestra participación en la comunión de los santos. Así como, en el nivel antropológico, nadie es una isla, mucho menos en el ámbito de la vida espiritual. Estamos siempre "rodeados por la nube de los testigos "que nos precedieron en el servicio del Señor y que nos incita a fijar en él la mirada de nuestra fe (Heb 12,1).

RECORDAR O ELEGIR UN TEMA

A partir de la lectura orante de un texto bíblico o de la reflexión sobre un misterio, virtud o la máxima cristiana, elegir un tema puntual y concreto para la meditación. "Después de tener a petición de nuestro Señor la gracia de hacer bien la oración, les aplicaré interiormente a los puntos de la lectura. Oh Salvador, concédeme la gracia de entrar en esta santa práctica. ¡Oh Hermanas mías, si hacéis bien la oración, cuántas gracias recibiréis de Dios "(SV X, 574)!

Dar especial atención a la "humanidad de Jesús", su vida, misión y enseñanzas (SV XII, 113, X, 575), dejándose sorprender e inspirar por su ejemplo y por su palabra. Dirá San

Vicente a las Hijas de la Caridad: "Recordad los misterios de la vida y pasión de nuestro Señor para hacer oración de una oración de otro el asunto de su meditación "(SV X, 569). Vicente demostraba particular predilección por la meditación del evangelio propuesto por la liturgia de la Iglesia, particularmente en sus fiestas: "Es deseable que en los días de fiesta mediten sobre el evangelio que en ellas se lee" (SV IX, 32). En su Exhortación, el Papa Francisco actualizó el apelo ignaciano a una contemplación amorosa del Evangelio, como presupuesto de la acción misionera: "La mejor motivación para decidir a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si nos acercamos de esta manera, su belleza nos deslumbra, vuelve a cautivarnos innumerables veces. Por eso, es urgente recuperar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir, cada día, que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás "(EG 264).

De entre los valores y actitudes vividos y transmitidos por Jesús, algunos se muestran particularmente relevantes para la espiritualidad vicenciana, tales como: radicalidad del seguimien-



to (Mc 8,27-35, Mt 8,18-27), comunión con el Padre (Jn 8,25-29, 15,9-16), pasión por el Reino y llamamiento a la conversión (Mc 1,14-15, Mt 13,18-23), con-fianza en la Providencia (Mt 6,25-34, Lc 11,1-4), caridad compasiva y operosa (Mc 6,30-44, Lc 10,25-37), predilección por los pobres (Mt. 25,31 a 40; Lc 4,14-21), libertad comprometida (Lc 10,28-31, Jn 10,14-18), amor a la verdad (Mc 12,28-34, Jo 8,25-32), sede de justicia (Mc 2,1-12, Jn 8,1-11), disponibilidad para servir (Mc 10,35-45, Lc 7,11-17), celo por la misión (Mt 9,35-38, Lc 9,1-6), formación de discípulos (Mc 3,13-19, Lc 10,1-11), humildad y sencillez (Lc 9,46-48; 17,7-10), mansedumbre y firmeza (Mc 10,17-22, Mt 11,28-30), alegría y gratitud (Mt 11,25-27, Lc 1,46-56), apertura al Espíritu (Jo 7,37-39; 14,15-26), cruz y resurrección (Mc 10,32-34, Lc 24,13-35), etc.

Flexible e insistente en el uso del método propuesto, San Vicente sugería que, donde se hiciera oportuno, se enunciaran los puntos a ser considerados en la meditación, a fin de facilitar el desarrollo de la OM, especialmente por parte de las Hermanas menos letradas y poco experimentadas en la vida espiritual: "La Hermana encomendada para eso haga alto,

después de la lectura, como si hiciera una oración "(SV X, 590).

En este momento inicial de la OM, la imaginación puede constituirse en una ayuda para rezar bien, como recordaba San Vicente (Cf. SV IX, 4, X, 587), tomando de los Ejercicios Espiritual de San Ignacio de Loyola. Se trata de un recurso adicional, útil a quien demuestra facilidad en su uso, pero no indispensable a la meditación, que se apoya en el entendimiento y en la voluntad, iluminados por la fe, como enfatizaba nuestro fundador (cf. SV X, 588). Algunos ejemplos: A) Al colocarse en la presencia de Dios, el orante puede imaginarse como Moisés en la Carpa de la Reunión, donde "el Señor le hablaba cara a cara, como un hombre habla con su amigo "(Ex 33,11); o como huésped y comensal de la Santísima Trinidad, en la perspectiva sugerida por el icono de Andrei Rublev (siglo XV), a la luz de la experiencia de Abraham (Gn 18,1-15). B) Al pedir la gracia de rezar bien, es posible imaginarse reclinado sobre el pecho de Jesús, como el discípulo amado en la cena (cf. Jn 13,22); o como María, hermana de Marta y Lázaro, sentada a los pies del Maestro, dejándose formar por su palabra (Lc 10,39); o como



aquellos que se reunían alrededor de Jesús para oír su enseñanza (cf. Mc 2.2). C) Finalmente, en el momento de recordar o elegir un tema, el orante puede imaginarse como uno de los actores de la escena que se describe en el texto sobre el que está meditando. Todo esto para que la imaginación no divague y ayúdanos a conquistar mayor concentración.

A las Hijas de la Caridad, Vicente recomendaba hasta recurrir a la contemplación de estampas: "Sería aún oportuno que tenéis a mano imágenes de los misterios sobre los cuales queréis meditar. Al contemplarlas, pensarías: "¿Qué es esto? ¿qué representa? ¿qué quiere decir?". Y así tendrías el espíritu abierto"(SV IX, 426). También vale la pena mencionar lo que respecto de la práctica de una persona (a lo que todo indica, Santa Juana de Chantal, a quien Vicente menciona explícitamente en otro pasaje: SV X, 574), que se detenía sobre la imagen de la Virgen María, confrontándola a sí misma para sacar sus resoluciones: "Una señora, a la que conocí, se sirvió durante mucho tiempo de la mirada de la Santa Virgen para todas sus oraciones. Se detenía primero sobre sus ojos y, después, decía en su espíritu:

"Oh hermosos ojos, tan puros! Nunca serviste sino para dar gloria a mi Dios. ¡Cuánta pureza aparece en vuestros santos ojos! ¡Qué diferencia de los míos, con los que tanto he ofendido a mi Dios!. No quiero darles tanta Libertad, sino, al contrario, acostumbrarlos a la modestia "(SV IX, 31). A las que no podían leer, además del uso de estampas, el fundador sugería decorar el evangelio propuesto por la liturgia en días festivos. Y añadía: "Conocí personas que no sabían leer y escribir y, sin embargo, hacían de manera perfecta su meditación "(SV IX, 32). Animaba a fijarse en el crucifijo para meditar la pasión (cf. SV IX, 32.217).

Hoy, el uso de imágenes puede ser útil sobre todo para favorecer el proceso de iniciación a la práctica de la meditación, en las casas de formación, retiros, encuentros, etc. Guárdese, sin embargo, el debido cuidado para que no se cree dependencia de estas herramientas suplementarias.

En su admirable sentido práctico, San Vicente recomendaba con insistencia la lectura diaria de un capítulo del Nuevo Testamento. Fue lo que hizo, por ejem-



plo, hablando a los Misioneros, el 19 de enero de 1642: "Debemos tener gran devoción en ser fieles a la misión lectura del capítulo del Nuevo Testamento, haciendo, al principio, los actos: primero, de adoración, adorando la Palabra de Dios y su la verdad; segundo, entrar en los sentimientos con que Nuestro Señor la pronunció esas verdades y aceptarlas; tercero, decidir por la práctica de estas verdades. Por ejemplo, cuando leo: "Bienaventurados los pobres de espíritu" (Mt 5,3), tomaré la resolución y me entregaré a Dios para practicar esa verdad en tal y tal ocasión. También, cuando leo: 'Bienaventurados los mansos' (Mt. 5,4), me entregaré a Dios para practicar la mansedumbre. Sobre todo, hay que evitar leer por estudio, diciendo: 'Eso me servirá para tal predicación ', sino leer sólo para nuestro progreso. No hay que desanimar si, después de haber leído varias veces, un mes, dos meses, seis meses, no sentirse tocado. Llegará una ocasión en que tendremos una pequeña luz, otro día tendremos otra mayor, y otra aún mayor cuando la necesitamos. Una sola palabra es capaz de convertirnos "(SV XI, 113). No hay duda de que la espiritualidad vicentina, desde sus orígenes, echa sus raíces más profundas en el terreno fértil y sólido de la Palabra de Dios.



II. CUERPO DE LA ORACIÓN

En actitud de recogimiento, meditar sobre el tema elegido (misterio, virtud, máxima) para descubrirle el sentido más profundo. San Vicente prevenía sobre el riesgo de reducir la OM a un ejercicio meramente intelectual o especulativo (cf. SV XI, 406). Se trata, en realidad, de una forma de meditación, que integra armoniosamente la razón y la emoción, creando a las personas pensantes, orantes y actuantes. Por eso, el fundador recomendaba no “perder el sentido de la presencia de Dios” y recorrer los tres pasos de su “pequeño método” (SV XI, 403s), en diálogo afectivo con el Señor, inclinando el corazón a las exigencias de su Palabra. Por medio de la OM, Dios “esclarece el entendimiento”, “inflama la “voluntad”, “toma posesión de los corazones y de las almas”, inspira actitudes y suscita compromisos (SV IX, 421).

San Vicente describe la especificidad de este método de oración: “La oración mental debe hacerse de dos formas: una de entendimiento y otra de voluntad. La de entendimiento, cuando, después de oída la lectura, el espíritu se reconoce en la presencia de Dios y se pone a buscar la comprensión del misterio que se le propone, ver la instrucción que le es propia y producir afectos para abrazar el bien o evitar el mal. Y, aunque sea la voluntad la que produce esos actos, esta oración, sin embargo, es llamada de entendimiento, porque la principal función de la voluntad, que es la búsqueda, se hace por el entendimiento, que es el primero en ocuparse del asunto en cuestión. Es lo que, ordinariamente, llamamos meditación. Todos la pueden hacer, cada uno según su



condición y las luces que Dios le concede "(SV IX, 420). El entendimiento posibilita la comprensión del contenido de la meditación y la voluntad estimula la búsqueda perseverante y la asimilación existencial de lo que se le propone como bueno, verdadero, justo, necesario, oportuno, bello. O, como se expresa San Agustín, en su carta a Proba, "Tanto más digno resultará el efecto, cuanto más fervoroso preceder al afecto". De la integración del entendimiento y de la voluntad, nace la resolución práctica, por medio de la cual el orante se propone a concretar lo que el Señor le inspira.

Habrà que mantener, en el horizonte de la OM, desde el principio, las exigencias de la vocación y misión, los llamamientos de la realidad, las esperanzas de los pobres y las inquietudes de la humanidad. San Vicente proponía a las Hijas de la Caridad tomar sus resoluciones, previendo lo que deberían realizarse a lo largo del día. Si no, veamos lo que dice el fundador en la conferencia de 2 de agosto de 1640, sobre la fidelidad al levantarse ya la oración: "No se debe hacer vuestra oración para tener pensamientos elevados, éxtasis o arrebatamientos, que son más perjudiciales que útiles, pero sólo para ser perfectos, y verdaderamente buenos Hijas de la Caridad. Vuestas resoluciones deben, pues,

ser así: 'Yo voy a servir a los pobres. Trataré de tratarlos de una manera modestamente alegre para consolarlos y edificarlos. Les hablaré como a mis señoras. Hay algunos que me hablan raras veces. Tendré paciencia. Tengo la costumbre entristecer a mi hermana en esta o en aquella ocasión. Me abstendré de hacerlo. Ella me desagrade algunas veces a este respecto. Sopórtalo. Tal señora me aborrece, otra me censura. Trataré de no salir de mis ocupaciones y le prestaré el respeto y la consideración a la que estoy obligada. Cuando estoy con tal persona, casi siempre recibo alguna queja para mi perfección. Evitar tanto como sea posible esta ocasión. Es así, me parece, que debéis hacer vuestra oración "(SV IX, 30). El 16 de agosto del mismo año de 1640, refiriéndose nuevamente al tema de la mencionada conferencia, recuerda: "Haréis converger vuestras resoluciones sobre las acciones del día, principalmente sobre las que os hacen tender a la perfección y al cumplimiento de vuestra regla, para mejor honrar a Dios en vuestra vocación "(SV IX, 36). Una oración encarnada en realidad no puede dejar de tener en cuenta los desafíos de la misión.



1ER PASO: NATURALEZA

Reflexionar sobre el tema: ¿Qué es? ¿Qué me sugiere? En cuanto consiste este misterio, ¿virtud o máxima? ¿Qué adicción es ésta que debo evitar?

Formular convicciones sobre el tema, a la luz de la Palabra, de los Padres de la Iglesia, de la tradición viva, de las intuiciones de San Vicente, de la herencia vicenciana, etc. Sin convicciones firmes, la experiencia espiritual se vuelve frágil e inconsistente. Aquí, opera, de modo más decisivo, el entendimiento o la inteligencia del orante, aquel pensamiento sapiencial y reverente, que se encamina hacia el misterio de Dios. "Meditar en la lectura, reflexionar en lo que dice el autor y ver la que fin tienden los puntos del asunto de la oración" (SV X, 590).

Ejemplo [Jn 15,9-17 / Conferencia de San Vicente sobre la Caridad (SV XII, 260-276)]

La caridad consiste en acoger el amor de Dios que nos hace capaces de amar al prójimo con la intensidad del amor amor compasivo y operoso de Jesucristo.

2º PASO: MOTIVOS

Comprometer el coraje: ¿Cuáles son las razones que me animan a

vivir este misterio, a buscar esta virtud o máxima, a asumir esta actitud, a evitar este vicio?

Convencer del valor de la materia en cuestión, como de la necesidad de su vivencia y de su búsqueda constante (en lo que se refiere a un bien o virtud) o de evitarla (si se trata de un mal o vicio). Aquí, la prevalencia es de la voluntad o del corazón, que de los sentimientos profundos y de los anhelos que dinamizan la existencia. Se trata, pues, de iluminar la conciencia, inflamar la voluntad y despertar los afectos, uniendo pensamientos y deseos en vista de la meta que se quiere alcanzar, "ya que la voluntad sigue la luz del entendimiento y se inclina hacia lo que se le propone como bueno y deseable" (SV XI, 406). Ante esto, Vicente aclara: "El segundo punto es que, después de haber conocido bien la virtud o el vicio a que tiende el asunto de la meditación que habéis hecho (si es una virtud, la oración es hacer practicar; si es un vicio, extirpártelo), vean las razones que tienen de abrazar uno y evitar e otro" (SV, X,591).

Ejemplo (Jn 15,9-17/ Conferencia de San Vicente sobre la Caridad (SV XII, 260-276)]

- La mejor manera de corresponder al amor de Dios es desarrollar la capacidad de amar que nos dio.

- Amar es la gracia y el desafío de la vida cristiana. Es lo que mejor nos asemeja a la perso-



na de Jesucristo, modelo que significa al ser humano de verdad.

- Es el principio dinamizador de nuestra participación en la construcción del Reino y en la transformación de la realidad.

3° PASO: MEDIOS

Tomar una resolución: ¿qué puedo o debo hacer para concretar una inspiración suscitada en la oración?

Resolución práctica que permita al orante degustar el misterio, asimilar la virtud, practicar la máxima, asumir un valor o actitud, evitar y extirpar un mal o vicio, en vista de la misión y de la comunidad. Conviene adoptar solo una resolución por día, con la posibilidad de retomarla tantas veces como se juzgue oportuno (cf. SV IX, 13). No se sujeten a las resoluciones genéricas, que no bajan a las situaciones concretas. Nos advierte San Vicente: "No es suficiente para tomar una resolución, si, después, no buscan algún medio para ponerlo en la práctica. Cuando tomen la resolución de evitar un vicio o practicar una virtud, digan: "Me propongo hacer tal cosa, pero es muy difícil realizarla. Nada puedo hacer por mis propias fuerzas. Pero, con la gracia de Dios, espero ser fiel a mi propósito y, para esto, debo servirme de este medio" (SV X, 572). Aquí, se incluyen

los propósitos y compromisos, las rupturas y nuevas adhesiones, los esfuerzos y mejoras que la persona se propone para perseverar en el bien y evitar todo lo que le es contrario. Es el momento de comenzar a "pasar del amor afectivo al amor efectivo" (SV IX, 593). Así, la resolución práctica se presenta como expresión del deseo de conversión continua, y para ser vivida con la práctica de la justicia y de la caridad.

San Vicente advierte a sus cohermanos, en la ya citada Repetición de Oración del 10 de agosto de 1657: "No es suficiente sentir buenos afectos. Es necesario dar un paso más y llegar a las resoluciones de trabajar, con todo interés, para adquirir esta virtud en el futuro, proponiéndola a practicarla y realizar sus actos. Este es el punto más importante y el fruto que no se debe quitar de la oración"(SV XI, 406).

Ejemplo [In 15,9-17/ Conferencia de San Vicente sobre la Caridad (SV XII, 260-276)).

- Hacerme más cercano a los pobres, ejercitándome en la gratuidad, la escucha, la compasión y la disponibilidad.

- Descubrir formas creativas y adaptadas de intervención en la realidad en que actúo, conjugando caridad y misión, servicio y evangelización, promoción humana y anuncio del Reino.

- Invertir en la elaboración



■ y ejecución de proyectos que correspondan a las necesidades y aspiraciones reales de las personas implicadas para cooperar en el cambio de las estructuras.

En la conferencia que dirigió a las Hijas de la Caridad, el 17 de noviembre de 1658, San Vicente sintetizó así su método de oración: "Viendo la virtud, co-nocéis la estima que le es debida. Es porque no podemos conocer el bien como bien sin aficionarnos a él, ni el vicio como vicio sin detestarlo, por eso mismo, si fueran fieles a esta práctica, Dios les concederá la gracia de co-nocer y estimar el resultado. Y dirán: ¡Oh, Qué hermoso!. qué bueno es amar la obediencia!. ¡Qué bueno es servir a los pobres!. ¡Ese es el espíritu que una buena Hija de la Caridad debe tener!. Al final de este segundo punto, pasaremos al tercero, que comprende las resoluciones" (SV X, 603).

En este tercer paso, puede ser útil también destacar una palabra, frase o versículo que, retomado a lo largo del día, motive e ilumine la resolución.





III. CONCLUSIÓN

El propio San Vicente nos instruye: "Para terminar, damos gracias a Dios por las luces y gracias que Él nos concedió en la oración y por las resoluciones que nos inspiró. Y pidamos su ayuda para poder ejecutar, cuanto antes, lo que nos propusimos "(SV XI, 407).

En este último momento de la OM, estamos invitados a bucear más profundamente en Dios y sentir la vida divina pulsando en nuestro interior. Verdadera experiencia de contemplación, generadora de compromiso y esperanza.

La OM tiene como objetivo una experiencia de contemplación, fruto del encuentro entre el amor agradecido de Dios y la apertura sedienta y confiada orante. En la contemplación, la persona simplemente saborea la presencia de Dios, se abandona por completo en sus manos, vuela libre y feliz en la amplitud del Misterio que la envuelve. Y el fruto maduro de esa experiencia es la capacidad de ver a las personas, al mundo y a sí mismo con los ojos de Dios. Al final, como recuerda el Papa Francisco: "La contemplación que deja fuera a los demás es un engaño" (EG 281). Y agrega: "Cuando un evangelizador sale de la oración, su corazón se ha vuelto más generoso, se ha liberado de la conciencia aislada y está ansioso por hacer el bien y compartir la vida con los demás "(EG 282).



En la perspectiva de San Vicente, verdadero místico, la contemplación se presenta como don de Dios y, al mismo tiempo, como resultado de una vida espiritual madura. Es como define la experiencia de contemplación, en el contexto de una a las Hijas de la Caridad, la misma de 31 de mayo de 1648: "Es la oración en que el alma, en la presencia de Dios, no hace otra cosa a no ser recibir lo que Él da. Ella está sin acción y Dios mismo la inspira - sin sufrimiento alguno de su parte - todo lo que podría buscar y mucho más. ¿Nunca has experimentado, mis hijas, esta especie de oración? Estoy seguro que Sí. Muchas veces, en vuestros retiros, cuando quedáis admirados de que, sin haber contribuido, Dios, por sí solo, llena vuestro espíritu y en él imprime conocimientos que jamás tendrías "(SV IX, 420). La naturalidad con que Vicente hablaba de la contemplación es una señal inequívoca de que él mismo hacía esa experiencia (cf. SV IX, 420s, XI, 409, XIII, 143). Las intuiciones y las oraciones que brotaban espontáneas en sus coloquios son indicios de esta realidad (cf. SV IX, 428, XI, 357). Al explicar el primer capítulo de las Reglas Comunes a los miembros de la Congregación de la Misión, el 13 de octubre de 1658, refleja el fundador:

"Oh, si tuviéramos una vista tan penetrante para penetrar en el infinito de su excelencia; oh, mi Dios, oh, mis hermanos, que ¡altísimos sentimientos de Dios nos

quitaríamos de eso! Diríamos con San Pablo que los ojos no vieron, ni los oídos oyeron, ni la mente del hombre concibió nada igual. Dios es un abismo de dulzura, un Ser soberano y eternamente glorioso, un Dios infinito que abarca todo lo que es bueno "(SV XII, 110).

AGRADECER A DIOS POR LA ORACIÓN.

Saboreando la presencia de Dios que nos habló al corazón y nos inspiró propósitos y resoluciones, decirle de nuestra alegría y gratitud por la posibilidad de experimentarlo presente y actuante en nuestra vida personal, familiar y comunitaria, así como en los acontecimientos de la historia. Conviene, pues, concluir el recorrido de la OM dirigiéndose directamente a aquel que nos habló al corazón y suscitó nuevas disposiciones en nuestro interior, concediéndonos sus luces y gracias.

Comentando las Reglas de las Hijas de la Caridad, en la conferencia del 13 de octubre de 1658, fundador: "Viste la belleza de la virtud y tomaste vuestras resoluciones. Te falta agradecer a Dios por la gracia que os ha concedido de hacer la oración, que es la gracia de las gracias que Dios puede conceder a los cristianos y, por consiguiente, a las Hijas de la Caridad. ¿Qué mayor favor podría hacer Nuestro Señor a una alma que permitirle



entretener y comunicarse íntimamente con él. Por lo tanto, es muy razonable agradecer a Dios después de haber hecho la oración. ¿Quién os ha concedido la gracia de hacerla? No fue sólo Dios? Es necesario, pues, agradecerle con afecto. Faltan a un punto esencial de la oración los que no dan gracias a Dios por haber expulsado las tinieblas de su espíritu y haberlos iluminado, haciéndoles conocer la belleza de la virtud e inflamado la voluntad para practicarla "(SV X, 572).

REVISAR LA RESOLUCIÓN.

Dejar pasar por la memoria del corazón el propósito asumido. No sería conveniente multiplicar las resoluciones o desplegar una resolución en muchos aspectos. Vale, al contrariamente, resumirla con el fin de facilitar la memorización y la vivencia. El más indicado, no nos olvidamos, es tomar sólo una resolución a la vez.

La tradición vicentina prevé el ejercicio del Examen Particular, hecho, habitualmente, alrededor del mediodía (véase SV X, 605-606). Ante Dios, brevemente, la persona retoma la resolución nacida de la OM, en el con el fin de ampliar el deseo y estimular la creatividad. Por la noche, antes de recogerse, se debe hacer el Examen General, en la perspectiva de una revisión

de vida para disponerse a la conversión, perseverar en el bien y evitar el mal. San Vicente no dejó de explicitar el sentido de este ejercicio, hablando a las Hijas de la Caridad, en la conferencia de 16 de agosto de 1641: "Y en cuanto a vuestro examen, sed fieles. Sabed que debe ser hecho sobre la resolución tomada en la oración de la mañana. Agradece a Dios si, por su gracia, habéis practicado vuestra resolución o le pidan perdón si, por negligencia, a ella han faltado "(SV IX, 43).

San Vicente hablaba de dos formas de Examen: "Una, viendo si hubo fidelidad a la resolución de la oración de la mañana, como, por ejemplo, una virtud que me es necesaria (...). También, se puede hacer de otra manera, tratando de conocer particularmente el defecto a que se está más inclinado hacia él corregirse "(SV X, 605). Se concluye, citando un ejemplo para incentivar no sólo la mortificación, como también la práctica de la virtud contraria al vicio del cual se debe corregir: "¿Qué resolución tomé esta mañana en la oración? Si, por ejemplo, fue la de mortificar la impaciencia, decir: acostumbro impacientarme con mi hermana, ¿cómo me comporté? Y si se puede ver que la paciencia fue practicada cuando se presentó la ocasión, se debe agradecer a Dios. Si fue al contrario, pedirle perdón y se imponga una penitencia. Porque será imposible corregir un vicio si no se procede así "(SV X, 606).



OFRECER A DIOS LA RESOLUCIÓN.

Como sin Dios nada somos, nada podemos, nada queremos hacer, cerramos el recorrido de la OM, pidiendo al Señor que nos ayude a llevar a buen término todo lo que asumimos en su presencia. "Es necesario ofrecer a Dios vuestras resoluciones, presentarle las resoluciones que recibiste de tu bondad (...). Tenemos mucha necesidad de practicar nuestras resoluciones, pero no podemos hacerlo sin la gracia de Dios "(SV X, 573).

También dirá el santo fundador, invitando a sus Hermanas a cooperar con la gracia de Dios: "Todas las nuestras resoluciones nada son sin la gracia. Por eso debemos pedir a Dios que nos fortalezca, y trabajar animadamente "(SV IX, 13).

El mismo San Vicente enseñó a las Hermanas una oración que se muestra muy propicia a este momento final método, por corresponder perfectamente al espíritu de la OM: "Sí, Dios mío, me propongo entrar en la práctica del bien que nos habéis enseñado. Sé que soy débil, pero, con tu gracia, todo lo puedo y tengo confianza que tú me

Le ayudará. Por el amor que os lleva a enseñarnos vuestra santa voluntad, os imploro que nos concedáis la fuerza y el coraje de realizarla "(SV IX, 10).

ADENDA

La repetición o el compartir de oración, tan vivamente recomendada por San Vicente a los Misioneros y las Hijas de la Caridad (cf. SV IX, 386, XI, 575).

P. Vinicius Teixeira Ribeiro, CM

